

## HOMENAJE AL PROFESOR FEDERICO LLERAS ACOSTA

Insertamos a continuación los discursos pronunciados ante el busto del Dr. Federico Lleras Acosta, en el XXIII aniversario de la fundación de la Facultad.

### PALABRAS DEL DECANO, DR. JOSE VELASQUEZ Q.

Señor Rector,  
Señores Profesores,  
Señoras,  
Señores:

Concurrimos hoy ante el busto del Profesor Federico Lleras Acosta a conmemorar el 23 aniversario de la fundación de la Facultad de Medicina Veterinaria.

Hace 23 años se abrieron por primera vez las puertas de esta facultad para que ingresaran a ella un grupo de Médicos Veterinarios y un reducido núcleo de jóvenes aspirantes a estudiar Medicina Veterinaria.

Volvamos los ojos a aquella época, hagamos composición de lugar y así comprenderemos mejor la razón que tenemos para celebrar con júbilo este cumpleaños.

La Facultad de Medicina Veterinaria hace 23 años era un pequeño local tomado en arriendo, un desmantelado lugar en donde había una mesa desvencijada, unos bancos de escuela primaria obtenidos en préstamo, un profesor y ocho estudiantes. Eso era todo materialmente, pero espiritualmente no puedo señalaros el tamaño porque a las cátedras concurrían Federico Lleras Acosta, Pedro Ma. Echeverría, Charles Noback, Leslie Tabares, Roberto Plata Guerrero, Delfín Litch, Ismael Gómez Herrán, Médicos Veterinarios cuyo espíritu, amor y desinterés por la profesión eran inconmensurables.

En el año de 1924 la Facultad funcionó en una casa arrendada. En

1925 ya tenía casa propia en la carrera 7ª, y hoy, esto que vosotros véis en la Ciudad Universitaria.

El fuego alentador de aquellos fundadores creció como caído en leños secos y alguna vez alguien manifestó que la Medicina Veterinaria había nacido de pies, en nuestro medio.

Fuimos los primeros en comprender la magnitud de la obra del Presidente López con la concepción de la Ciudad Universitaria y los primeros en instalarnos en ella.

Hoy podemos estar orgullosos de tener edificios, laboratorios e instalaciones, en general, superiores a varias facultades de Medicina Veterinaria de renombre en América, al decir de algunos extranjeros que nos han visitado.

Nos faltan solamente algunas instalaciones para industria animal que esperamos tener concluidas en los dos años que ahora se inician en la vida de la Universidad, para completar por el momento, nuestra dotación material.

Si miramos lo que teníamos hace 23 años y lo que hoy poseemos, bien podríamos ufanarnos de haber realizado mucho, pero si volvemos la cara hacia el futuro tendremos que reconocer que es tanto lo que falta, que poco vale lo realizado hasta el presente.

Poseemos un cuerpo material grande y desarrollado, si se quiere, pero a fe mía tengo que le falta lo esencial, un alma grande también.

¿Cuál será esa alma grande e inmortal, que aspiramos aliente a es-

ta nuestra Facultad de Medicina Veterinaria?

Un cuerpo de profesores y de estudiantes, o mejor de investigadores, creadores de ciencia que tengan siempre en su mente el problema nacional, que lo analicen, lo resuelvan y lo divulguen.

El investigador es planta exótica entre nosotros. Es planta delicada que sólo crece, como todo ser vivo, en un medio apropiado.

Ese medio lo constituyen los elementos indispensables a la investigación; el estímulo de sus compañeros, el aprecio por el científico y especialmente la independencia económica del profesor para que pueda ofrendar a la Facultad en el altar de sus laboratorios, sin preocupaciones de ninguna otra naturaleza, toda su capacidad intelectual y material en la solución de los problemas patrios.

Venimos desde hace 23 años, preparando ese medio, cultivando esa tierra para sembrar con éxito esa ambicionada planta del Médico Veterinario investigador.

Creo llegado el momento de la siembra, señor Rector de la Universidad y señores miembros del Consejo Directivo aquí presentes, para hacer de esta Facultad el foco de investigación que el país necesita para el florecimiento de la Industria Pecuaria Colombiana.

Tenemos semilla fresca y buena. El joven grupo de profesores de esta Facultad está animado de la mejor buena voluntad para dedicarse de lleno a trabajar en su engrandecimiento.

La Universidad debe ser el Cerebro del Organismo Colombiano. Nuestra Facultad, un pedazo de ese Cerebro que analice los problemas ganaderos del país, los penetre y resuelva con el mejor criterio, el criterio científico.

Infinidad de problemas confronta la ganadería colombiana. Los Llanos Orientales pierden año tras año su existencia equina, víctima de los tripanosomas, de los piroplasmas y de los virus invisibles.

El ganado bovino del país está minado por múltiples enfermedades parasitarias, orgánicas e infecciosas, que debemos estudiar a fondo y tratar de evitar.

Los cerdos se mueren en grandes cantidades y la industria avícola no existe como tal, porque no la hemos estudiado.

Necesitamos que nuestra Facultad esté vigilante sobre las necesidades de la Industria; que el profesor no sea solamente un repetidor de ciencia extranjera, sino que en la cátedra también pueda referirse a nuestras propias investigaciones.

Es necesario que el campesino, el industrial, el veterinario, vean en nuestra organización a los salvadores de sus intereses. Que la Facultad vaya hasta ellos a escudriñar sus necesidades y que los ganaderos sometan a su estudio las dificultades que se les presenten.

Necesitamos que el país tenga confianza en nosotros y al final de cada año el llanero como el santandereano, el costeño como el pastuso, esperen con ansia el correo portador de nuestros boletines de divulgación con la esperanza de encontrar en ellos alguna enseñanza útil.

Que las experiencias en la conservación de los quesos, que nuestras experiencias en la cría de terneros, que la nueva vacuna inmunizante contra la Estomatitis vesiculosa, que el remedio descubierto contra la tripanosomiasis, etc., etc., sean motivos de alegría para nuestros compatriotas y fundada confianza en el profesional colombiano.

Que esta juventud que ha venido a nuestras aulas en busca de alimento espiritual tenga en sus profesores, compañeros de labor para el bien común, estímulo para sus estudios y medios para saciar sus ambiciones de saber.

A la organización del profesorado en el sentido ya expuesto dedicaremos la mayor parte del tiempo de este período que acaba de iniciarse.

En este nuestro modo de pensar, señor Rector de la Universidad, no hacemos otra cosa que tratar de interpretar vuestro pensamiento en

relación con lo que debe ser la Universidad, manifestado por vos, repetidas veces.

Aquí nos tenéis insigne profesor de profesores, Federico Lleras Acosta, rindiéndonos cuenta de lo que hemos realizado y lo que pensamos realiza ren la obra que iniciasteis con tanto amor y con tanto entusiasmo. Que vuestro espíritu nos ilumine y conforte en cada momento, que vuestra alma que fue grande y noble, que no tuvo otra preocupación que el bien general y gloria para nuestra patria, no acompañe en todo instante en las largas vigiliass de los Laboratorios.

### **PALABRAS DEL ALUMNO, SR. JOSE ARISTIZABAL E.**

Señor Rector de la Universidad,  
Señor Decano,  
Señores profesores,  
Señoras, señores:

No por un capricho del azar, sino por fuerza de una razón profunda que surge del fondo mismo del alma como expresión de un sentimiento colectivo, nos hemos congregado aquí, en este día consagrado de nuestra Facultad para rendir, con sagrado respeto y en fervoroso homenaje, un tributo de gratitud a la memoria de un varón egregio, de un maestro y de un sabio, que edificó su grandeza sobre el sólido pedestal de sus virtudes. Su recuerdo permanente está plasmado ya en un símbolo, cuya luz bienhechora nos ilumina y nos señala la dura ruta de la gloria, escalonada en su ascenso por la abnegación y el valor, la sencillez y la modestia, la sinceridad y la confianza, la vocación y la voluntad de sacrificio. Todas estas virtudes señalaron el luminoso itinerario del altísimo apostolado científico que con decisión irrevocable siguió el Profesor Lleras Acosta.

La grandeza —síntesis admirable de perfección del alma humana—

no es otra cosa que la superestructuración del espíritu. Hasta ella sólo les fue permitido llegar a quienes lograron pulir y abrillantar en los crisoles de la vida las múltiples aristas del alma, purificándolas en la llama de una voluntad inextinguible. Fue así como la fuerza avasalladora de su inteligencia, encauzada por rutas precisas hacia una meta inequívoca; iluminada por la luz de elevados atributos espirituales; purificada en todos los fuegos que se generaron al fragor de la lucha —lucha infatigable y sin tregua que deja un sabor amargo, pero que prepara la victoria—; llega por fin, tras un lento y difícil peregrinar por los intrincados caminos de la ciencia, arrollando todos los obstáculos, superando y venciendo cuantos escollos y dificultades se obstinaron en detener su carrera, a modelar una obra. Su obra. Hija suya. Hija de su esfuerzo, de su inteligencia, de su voluntad y de su sacrificio.

Es así como el hombre llega a ser el artífice de su grandeza. La pasión del científico —lo mismo que la del artista— culmina en un goce inefable y recóndito, nacido de

la contemplación objetiva del fruto de sus desvelos. Es la emoción sublime del Creador en el primer día del Génesis. Es el embriagante sentimiento que fluye en atropellados borbotones del fondo mismo del corazón. Es la satisfacción íntima a la que las lágrimas acuden y afloran en sobrecogido y emocionado tropel. Es el espectáculo doblemente grandioso, que por un fenómeno de fuerzas elementales, es a la vez íntimo y multitudinario, en el que el generoso aplauso de la propia conciencia, resuena en palmas rumorosas, con el palpitante y desacompasado aleteo de una huída de palomas; y que emerge jubiloso del fondo del alma y de la entraña misma de un corazón cicatrizado. Son estos goces íntimos, el único patrimonio que la emoción ha consagrado como tributo a los grandes, que, como Federico Lleras Acosta, consagraron su vida valiosísima —y no de cualquier manera—, sino con valcor, con desinterés y con amor apasionado a una obra; a su obra, de donde surgen con tonalidades de un valor incomparable, su vida y su alma que son la vida y el alma misma de un sabio.

“Sólo imitándose a los grandes, puede superárseles”, dejó dicho el latino, en sentencia perdurable de estímulo y aliento, que es una perenne invitación a todas las generaciones nuevas, cuyo destino está en unir el pasado con el porvenir, y que lleva la obligación irremediable de hacer de cada época, una época mejor, y de prepararla para su transición, entregándola a sus seguidores con la promesa responsable de una mejor aún. En el irremediable curso de la vida hacia el porvenir, las etapas de superación tratan de cumplirse con una rigurosa exactitud. La civilización y la

cultura están estrechamente vinculadas a esta ley, cuya vigencia depende de las generaciones encargadas de eslabonar el pasado y el porvenir. Desafortunadamente, no en todas estas épocas, la juventud ha cumplido su tarea en esta misión que le impone la historia. Muchas generaciones quedan estratificadas en este proceso, sin cumplir, sin entender, sin apersonarse de su misión histórica, exhibiendo con lamentable evidencia su incapacidad para realizar una suma de posibilidades, recibidas de la generación que le precedió en esta breve presencia dentro del devenir, y cuyo legado va envuelta la clave de la grandeza de un pueblo que confía, como su mayor anhelo, proyectarse sobre el tiempo y el espacio.

Esta juventud de ahora; esta generación que recibió el relevo herido de promesas, de una que ya pasó y que a su vez, le corresponde entregarlo a la que ha de venir, está obligada por mil razones a seguir la huella profunda y valedera que tiene señalada y que le asegurará su transición al porvenir, dejando cumplida su misión histórica.

Compañeros: tenemos un indeclinable compromiso de generación. Estamos obligados a comprender y a mantener presente el sentido de las responsabilidades que nos imponen la generación, de una parte, y la hora angustiosa que vive la humanidad, de otra, para afrontar con serenidad, pero con valor, los graves problemas que se avecinan y que presentimos superiores a nuestras fuerzas, sin que nos quepa esta excusa para sustraernos a ellos. Nuestro sitio de lucha está frente a nuestra profesión, frente a la Medicina Veterinaria que se presenta hoy, para bien de nuestra patria, con los mejores augurios. De ella esperan por igual, sus frutos promisorios, la Civilización y la

Cultura, que valdría decir: la ciencia y la patria; porque en esta profesión nuestra, que es más experimental que especulativa, están cifradas las mayores esperanzas y las más grandes empresas. A la ciencia médica, por la ayuda esencial y poderosa que a ella podemos prestarle con la experimentación continua, y que busca, en último término crear una cultura que tiene como asiento la higiene y la salud de un pueblo, y a la economía nacional, vigorizando día a día, con nuestro esfuerzo razonado y permanente, el incomparable venero de riqueza que hay en la explotación intensiva de la ganadería. No podemos, pues, olvidar que estamos atados con una pluralidad de vínculos a la grandeza de Colombia.

Aquí tenemos un símbolo! —y los símbolos son propicios a la meditación—. Invoquemos la memoria cimera de Federico Lleras Acosta. Busquemos cariñosamente el calor de su ejemplo; alcemos la mirada para escrutar el fondo diáfano de su vida, y recoger en ella la enseñanza palpitante de todas sus virtudes: **sencillez**, para fulminar el virus nocivo del orgullo y hacer más digna nuestra obra; **abnegación**,

para mantenernos sobre la ruta de nuestras aspiraciones; **confianza**, para evitar el diabólico acceso de la desesperanza y conservar la seguridad de nuestras propias fuerzas; **valor**, para sobrellevar sin impaciencia y con resignación la fatiga, la desilusión, la amargura, que surgen de los obstáculos que se oponen a la victoria; **carácter**, para mantener el alma siempre en trance de sacrificio y ver en cada fracaso el pedestal que edificará el éxito definitivo; **amor**, para seguir apasionada y cariñosamente la ruta razonada y consciente que nos hemos señalado, y **grandeza de alma**, como la sintetizó el maestro y sabio, para “sobrellevar —como casi siempre corresponde a los grandes— en el abandono y en la muerte, la trágica explicación de la grandeza”.

Oh, maestro y emblema, y guía y símbolo de nuestra profesión! Señálanos el camino del renunciamiento para alcanzar la victoria. Proyecta sobre nosotros tu sombra generosa, para que a su amparo alcemos el nombre de esta profesión a la altura que tú hubieras querido llevarla, y poder contribuir así a la grandeza de la Patria.